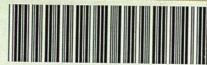
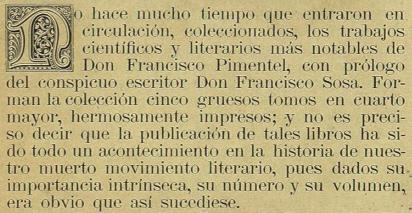
E58 L86 0136-88460



102013284







Don Jacinto y Don Fernando Pimentel y Fagoaga, hijos del autor, han sido los editores de esa publicación. La empresa no ha tenido por objeto el lucro, sino un hermoso y elevado homenaje filial.

En su estudio extenso, razonado y brillante, ha hecho el prologuista un análisis de tal modo puntual de los trabajos incluidos en la colección, que para tenercidea aproximada del alto valer de ellos, basta echar un vistazo á esa disertación elocuente, en la cual, con sobriedad y precisión admirables, hace conocer al lector la quinta esencia de los volúmenes, aquilatándolos con criterio superior y poniendo de relieve su mérito extraordi-





1

nario. Así, al recorrer tan elegante preámbulo, embargan el ánimo dos sentimientos igualmente gratos: el de un legítimo orgullo por ver que nuestra patria ha producido sabios y literatos de la talla de Pimentel, capaces de resistir la comparación con los más eruditos de Francia y Alemania, y el de una admiración entusiasta hacia quien ha sabido trazar con acierto y belleza el claro epítome de número tan crecido de obras abstrusas, variadas y disímiles. Un escritor menos docto y aguerrido que Sosa, se hubiera desorientado en el laberinto inextricable de todos esos asuntos. y no habría logrado producir más que un conjunto de esbozos deshilvanados, incoloros y truncos; en tanto que él ha sabido salir airoso de la empresa, y con un timbre más de honor en su carrera de escritor público.

Los editores, conociendo lo que son nuestros aficionados á la lectura, que apenas compran libros, han distribuido lisa y llanamente los de su ilustre padre, como obsequio, entre ciertas personas (que llamaríamos selectas si no figurásemos entre ellas), evitando por este medio el penoso desdén y el frío olvido del público, que suele pararse frente á los escaparates de las librerías. Así ha quedado asegurada la amplia circulación de esos volúmenes, y con ella la renovación del aplauso que halagó tantas y tantas veces al autor de ellos.

Hermoso espectáculo el que ofrecen al país esos hijos fieles, cuyo homenaje de respeto y de amor sigue más allá del sepulcro al autor de sus días. Celosos de la gloria de su padre, le consagran este exquisito recuerdo, que es á la vez cariño y apoteosis. Si Pimentel hubiese podido elegir entre tal homenaje y un mausoleo ó una

estatua, es evidente que hubiese preferido la publicación de sus obras; porque en esto hubiera visto lo que hay en realidad: la renovación de su pensamiento, de su verbo, de su influjo intelectual sobre las almas de ahora. Y hubiera comprendido que eso era renacer, alentar de nuevo con vida enérgica, resucitar en espíritu y en palabra, en medio de las generaciones actuales.

Así que causa general complacencia esta hazaña editorial, porque á la vez que honra á la patria por la renovada exhibición de los altos méritos de uno de nuestros sabios mayores, demuestra que en la época mercantilista que vamos atravesando, aun hay corazones que saben sacrificar el interés al afecto, á la gratitud, á elevados ideales.

La obra de Pimentel es tan eminente y valiosa, que resiste todos los crisoles, desde el de la crítica, hasta el de los años. En cualquier país del mundo sería saludada por el aplauso y la admiración; en el nuestro no tiene rival en muchos de los asuntos que trata y dilucida. Profunda y meditada, vale por carretadas de papel impreso de tantos escritores que no cesan de comunicar al público sus sueños infantiles ó sus anémicas lucubraciones; y prueba por modo evidente, que el cerebro nacional es tan potente como los mejores, y puede elevarse á las alturas más excelsas donde se cierne el espíritu humano.

Desde que fuimos favorecidos con el obsequio de la *Colección*, nos propusimos consagrar á ésta algunas palabras, movidos á ello no sólo por su excelencia, sino también por el anhelo de corresponder de algún modo á la galantería y á los subidos quilates de la dádiva. Pero al hojear los volúmenes, nos sentimos embargados por esa im-



presión de temor y de pequeñez que se experimenta ante todo lo que es de veras grande; y nos consideramos incompetentes para tocar, aunque fuese superficialmente, aquellos asuntos que la pluma de Pimentel trató con tanta profundidad y con tan alto magisterio. La materia abundaba, por otra parte, y no sabíamos por qué especialidad decidirnos; pues la filología, la historia, la crítica y la sociología, que forman el variado tema de tales trabajos, nos inspiraban igual interés y solicitaban nuestra atención con igual fuerza.

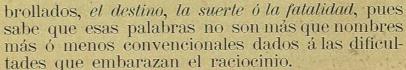
Al fin, venciendo nuestros escrúpulos y lo que en lengua francesa se llama *l'embarras du choix*, nos hemos resuelto á hacer algunas reflexiones sobre el tema de la raza indígena (1); no porque tengamos la pretensión de ilustrar los árduos problemas que ese sujeto entraña, sino por el interés que ellos despiertan en el alma nacional y por la importancia patriótica que puede tener su estudio.

T.

Sobrada razón tuvo Pimentel al observar que ha sido siempre triste el destino de la raza indígena.

Ahora bien, ¿cuál es la causa de este hecho? Fuerza es inquirirlo.

El escritor que se consagra á desentrañar los orígenes de los hechos históricos, no puede satisfacer su criterio con las obscuras respuestas que dan á sus interrogaciones, los conceptos em-



Los acontecimientos humanos proceden de causas naturales que los explican, tales como la influencia del medio físico, de la herencia ó de las instituciones.

Los pueblos de este continente, cuyo origen asiático parece indudable, quedaron pronto y en época remota separados del resto del mundo, y se vieron obligados á elaborar por sí mismos una civilización á la cual (por más que se haya tratado de señalarle enlace con las de los pueblos del viejo mundo), no ha podido encontrarse hasta ahora filiación indiscutible (1).

Secuestradas así las razas que ocuparon esta grande isla llamada Continente Americano, á todo influjo y estímulo de pueblos mejor dotados ó de mayor cultura, fueron criando lenta, trabajosa y desordenadamente la suya, hasta llegar al grado en que las sorprendió la conquista ibérica. La primera impresión que causan las civilizaciones aborígenes, cuando se les analiza y estudia, es la de la extrañeza y la confusión, por los inusitados y contradictorios rasgos que se observan en su fisonomía peculiar. Constituidas por elementos heterogéneos y discordes, elévanse á grande altura en ciertos respectos, y en otros manifiestan un atraso lamentable. Así, en el imperio



<sup>(1) &</sup>quot;Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México, y medios de remediarla."—México, Julio de 1864.

<sup>(1)</sup> El Profesor Keane, de Londres, en un notable artículo traducido y publicado por los Anales del Museo Nacional de México, demuestra esta verdad con abundancia de datos y razones. y acepta la idea por otros emitida, de dar el nombre de Amerindas, á los pueblos americanos, aludiendo á su civilización autóctona.—A estas mismas conclusiones había llegado mucho antes el sabio historiador Orozco y Berra á quien ni siquiera menciona Mr. Keane en su bibliografía.—Véase su Historia de México, tomo 2º, libro 2º, capítulo 2º.

azteca, se advierten de pronto, junto á los primores de una poesía dulce y melancólica, el horror de una religión cuya ferocidad no tiene parangón

con la de ningún otro rito idolátrico.

No obstante eso, mucho se ha dicho y escrito en elogio de la civilización azteca; y gran parte de nuestro pueblo ha llegado á considerar á los mexicanos como una nación que, en el pleno florecimiento de su esplendor y de su dicha, fué sorprendida por viles aventureros que la postraron en la ruina y en la abyección. Para esa porción de nuestros compatriotas, la historia de México anterior á la conquista, representa la edad de la bienaventuranza de las razas autóctonas. Sin negar que la conquista haya causado graves males á los moradores de estas comarcas, parecen, con todo, exageradas aquellas conclusiones, pues la verdad que resulta de la lectura de la fría historia precortesiana, dista mucho de autorizarlas. Es importante insistir en esto, porque conduce al estudio de los precedentes étnicos de nuestra nacionalidad, los cuales explican y aclaran tanto la situación criada por la colonia, como no pocos tropiezos y conflictos de nuestra vida independiente.

En oposición á la absurda prevención de los compañeros de Cortés contra los antiguos mexicanos, que llegó hasta negar á éstos la calidad de racionales y motivó la declaración papal de ser en todo iguales á los otros hombres, prodújose más tarde á su respecto, una reacción exageradamente benévola. Las humanitarias y piadosas leyendas de los primeros misioneros, fueron, en gran parte, fruto y resultado de ese sentimiento. Su ejemplo fué seguido después por casi todos los escritores posteriores á la conquista, los cua-

les han consagrado y consagran apasionados ditirambos á la civilización indiana.

No puede negarse que los mexicanos primitivos havan realizado grandes conquistas en puntos muy importantes del humano progreso. Su moral teórica, sin ir más lejos, era pura y delicada; buena parte de sus instituciones rayó á grande altura de perfección; y no pocas de sus costumbres fueron admirables de decoro y solemnidad. Cultivaron, además, algunas industrias con suma destreza y perfección (como la escultura, la cerámica, la filatura de plumas y la orfebrería); y aun puede concederse que en algunas de ellas no tengan quien los aventaje, ni en los antiguos ni en los modernos tiempos. Mas, á pesar de esas excelencias y de los hermosos cantos y poesías que de ellos se conservan, no es posible darles el nombre de enteramente civilizados, aunque no fuera justo tampoco aplicarles el de enteramente bárbaros. Puede compararse su estado, aunque en escala más humilde, con el que guarda hoy día el imperio chino, el cual se eleva á grande altura en algunos respectos, y yace en otros á un nivel muy bajo; pues con sus extrañezas y contradiciones desconcierta y extravía la inteligencia y el criterio más perspicaces. Pasa con esos pueblos mezclados de luz y sombra, lo que con ciertos seres de estructura indecisa, que no caben dentro de ninguna de las especies consagradas por la ciencia, como el ornitorinco, animal dotado de pico y de cuatro patas, que los naturalistas no alcanzan á clasificar ni entre las aves ni entre los cuadrúpedos.

Admítese generalmente que la marcha progresiva de la humanidad tiene tres estados: el salvajismo, la barbarie y la civilización. El salvajismo





es el brutal de las tribus que no respetan la familia; con la barbarie viene el establecimiento de hogares permanentes; con la civilización (de civitas, ciudad) la erección de burgos ó apiñados caseríos.

Esta clasificación peca tal vez de demasiado formalista, pues todo lo somete á la determinación de rasgos externos colectivos, sin comprender en su enunciado la evolución psíquica y social de las agrupaciones humanas. El adelanto incluido en esas metamórfosis, entraña un número de hechos mucho mayor que el registrado por tales definiciones; á tal punto que el nomadismo y el sedentarismo sólo pueden ser vistos como rasgos exteriores de cambios profundos, aparecidos

en el cuerpo social.

Es inconcuso que fué para las sociedades, durante su infancia, un gran paso el de poner punto á sus constantes viajes y peregrinaciones, ya tomando posesión definitiva de un campo, ya levantando en él moradas contiguas. Pero el progreso iniciado por ellas, no paró en eso, sino que fué haciéndose todos los días más hondo y complexo; engendrando así ténues é innumerables refinamientos. Del contacto inmediato de unos hombres con otros, de la creciente comunidad de sus intereses, de las exigencias de su defensa colectiva, y de la simpatía que entre ellos engendró su trato, surgieron naturalmente los equilibrios político, intelectual, moral y afectivo, manifestados por el respeto á todos los derechos y por el culto á los más puros ideales. Entonces y sólo entonces, fué cuando tomó el adelanto su fisonomía definitiva, que es la más hermosa de todas.

Aunque los hombres se aparten de la vida nómade, funden poblaciones y habiten casas cercanas, no llegan á ser de veras civilizados, si no se respetan sus vidas y sus haciendas, si no estiman y hacen estimar su dignidad personal, si no ascienden á sus propios ojos y á los de los otros, á la categoría de seres intangibles y casi sagrados. Porque sólo entonces, cuando esas múltiples condiciones se realizan, vienen á ser un hecho en la sociedad la seguridad pública, la fecundidad del trabajo y el respeto á la libertad y á la honra.

Las sociedades caminan en dirección á esos bienes, y conquistan el título de más y más cultas á medida que los van obteniendo en mayor número; al paso que merecen menos y menos ese dictado, conforme se mantienen á más larga dis-

tancia de norte tan luminoso.

Para nosotros, más que en los rasgos exteriores de la trasformación colectiva, consiste la civilización en la intensa armonía de los adelantos que van ennobleciendo y fortificando el cuerpo social. Un solo avance, ó dos ó más en determinados ramos de la humana cultura, no constituyen una verdadera civilización, si otras ramas de esa misma cultura están rotas, ó secas, ó no han brotado siguiera en el tronco común.

No hay pueblo, por salvaje que sea, que no sobresalga en alguna industria ó habilidad peculiares, propias de su clima, orografía, fauna ó flora; ya sea manipulando productos de cetáceos, ya labrando piedras ó beneficiando maderas y pieles. Desde las industrias de los insulares de las Carolinas, basadas en la estopa del coco, hasta las del acero Bessemer, fundadas en el carbón de Durham ó en el fierro de Yorkshire, hay una inmensa escala de habilidades indígenas, que no deja fuera de cuadro ningún esfuerzo. Pero esa no es la cuestión. Cierto que el desarrollo de las

industrias es muy importante y contribuye en alto grado al bienestar del pueblo; pero también lo es que la felicidad popular estriba principalmente en el desarrollo del derecho, de la moral y de las buenas costumbres. Nada importa que se construyan templos gigantes ó se hagan maravillas de escultura, si las masas populares viven postradas y sacrificadas, en el seno de una sociedad servil v despreciable.

Ahora bien, uno de los rasgos distintivos del imperio azteca, á la llegada de los españoles, consistía precisamente en el absoluto menosprecio por él profesado al individuo y al pueblo, y en la incontrastable omnipotencia concedida al poder público sobre la gran masa social. De fan opuestos extremos, de esa tiranía y de esa postración, nacía naturalmente el envilecimiento del

mayor número.

## II (1).

A pesar de la brillante descripción que hace Clavijero de la constitución física del indio, pintándole bien formado, fuerte y casi hermoso, la verdad es que los mexicanos eran endebles por organización ó por mal alimentados. El Conquistador Anónimo llega á decir que «eran la gente que comía menos de cuantas había en el mundo;» de donde resultaba, según Zurita, que seis trabajadores indios no pudiesen hacer la labor de un solo español.

Aquellas naturalezas empobrecidas por la ina-

(1) La mayor parte de los datos y noticias á que se hace alusión en este capítulo, está tomada de «Los Antiquos Mexicanos» de Herbert Spencer, versión española de los hermanos D. Daniel v D. Jenaro García.

nición, aumentaban su flaqueza por una multitud de prácticas cruentas, circuncisiones y mutilaciones religiosas, castigos bárbaros y extrañas curaciones con efusión de sangre; de suerte que la escasa que les proporcionaban el atole, el chile, los frijoles y la tortilla de maíz, estaba á la merced de cualquier rito, castigo ó medicina, para salir de sus vasos descoloridos. Se puede tener alguna idea de la prodigalidad que mostraban para verterla, recordando que á los niños mismos, por vía de corrección, les punzaban el cuerpo con espinas de maguey, los azotaban con ortigas y hasta los mataban en ciertas ocasiones (1).

Mas á pesar de su postración física, profesaban los indios la mayor intemperancia en materia amorosa. Refiere Gomara que en Pánuco los hombres compraban á las mujeres por un arco, una flecha v una red, v que en México podían divorciarse probando que la esposa era mala, sucia y esteril. Clavijero atesta que los reves y señores tenían muchas mujeres, y Francisco de Bolonia, que algunos poseían más de ochocientas. Según Torquemada, un solo rev de Texcoco engendró ciento cincuenta hijos, y Moctezuma llegó á ver ciento cincuenta de sus mujeres en cinta al mismo

tiempo (2).

Aunque los misioneros se esforzaron en sus historias por pintar á los mexicanos altamente sobrios, casi abstemios por lo que á la bebida se refiere, surgen de fuentes respetables, indicios numerosos por donde podría sospecharse que los piadosos cronistas hubiesen procurado en esto, como en otras muchas cosas, echar un

<sup>(1)</sup> Obras Completas de Pimentel, tomo III, página 43. (2) Obras Completas de Pimentel, tomo III, página 41.